

Fracaso

Dónde hemos llegado

Rosa Fernández Hierro

Este artículo se escribió en plena crisis del ébola. No lo hemos actualizado porque hemos querido que martillee nuestra memoria para ver si despierta.

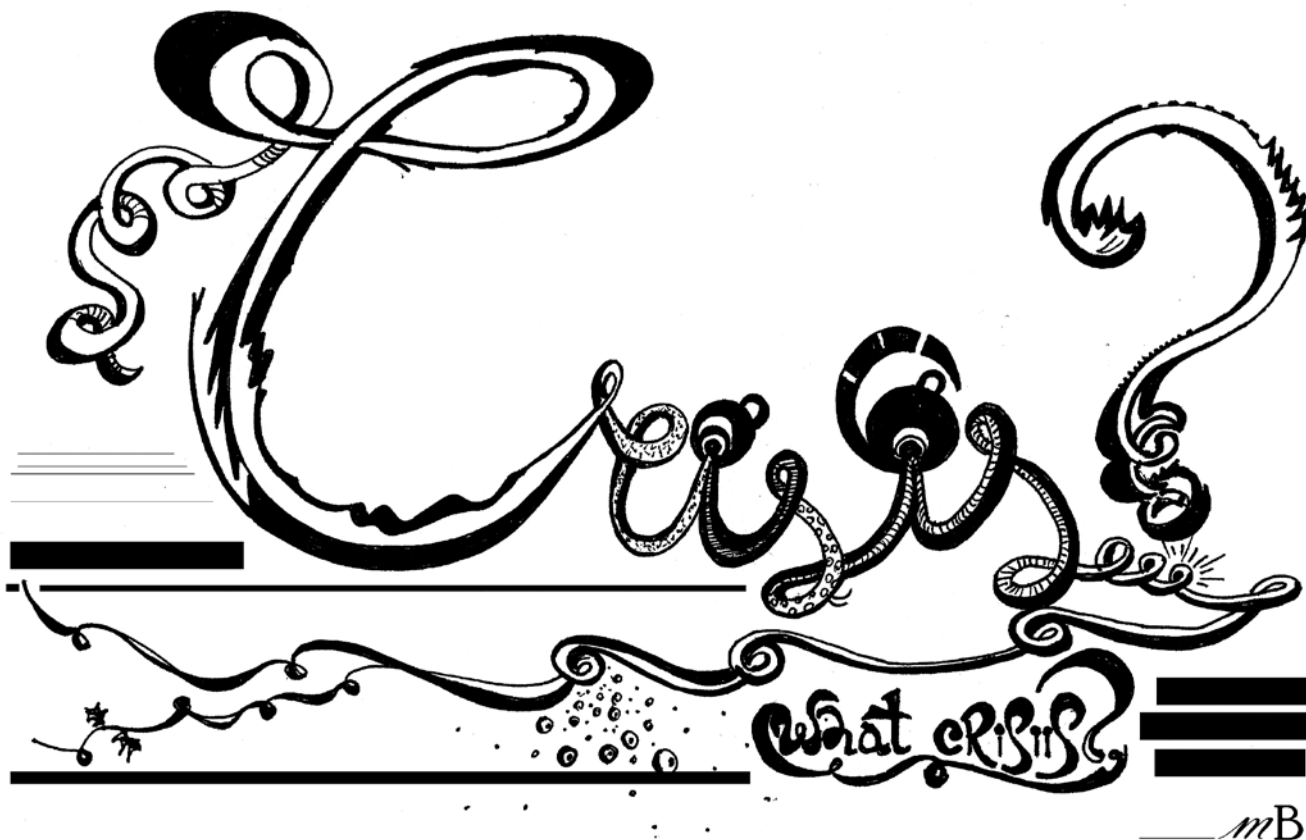


ILUSTRACIÓN: Miguel Brunet

Estos tiempos que corren no animan mucho a hablar del fracaso, aunque mirado desde otra perspectiva reflexionar sobre el ambiente político e institucional que nos asfixia puede ser un ejercicio útil para tirar hacia delante y construir algo más digno, quizás podamos. Pero, aunque intento ser constructiva, vivir en este país cuesta mucho esfuerzo y sentirse cómoda siendo española es imposible. Se dice que somos distantes y poco defensores de “lo nuestro”, pero es que lo nuestro — eso que se ha dado en llamar “Marca España” — pone los pelos de punta.

Hoy es viernes, y antes de salir de casa ya me entran ganas de quedarme bajo las sabanas. Las noticias

son escandalosas: las tarjetas opacas, el líder ugetista con sus riñones bien cubiertos, la crisis del ébola... desde hace muchos meses este país solo tiene una imagen: la de la grave corrupción y mal funcionamiento que afecta a todo el entramado político, financiero y administrativo que nos dirige. Como la mayoría de los ciudadanos tengo la memoria frágil y termino olvidando los escándalos de ayer para recordar solo los de hoy. Por ello, mientras desayuno, decido empezar una libreta en la que anotar los agravios del día a día, aunque no sé si finalmente lo haré porque tenemos que sobrevivir y es difícil enfrentar cada mañana la vida sintiéndote una simple marioneta de este gran teatro.

Pero, como la vida sigue, hay que irse a trabajar; y mi primera gestión de hoy será intentar pedir cita vía Internet para conseguir que tres clientes puedan tramitar su nacionalidad, pues ya somos muy modernos y no hay otra fórmula. Gladys, Mohamed y Rubén llevan tiempo intentándolo sin éxito y tienen prisa porque les caducan los penales; así que acuden a nosotros por ver si “tenemos mano” para conseguir la preciada cita. Tres profesionales nos ponemos al mando de los ordenadores a las 8, 55 lo intentamos hasta las 10,15 y nada, continuamente sale un cartel rojo en inglés, que aunque no sabemos inglés lo entendemos sobradamente y finalmente damos

por cerrada la ineficaz gestión de la mañana. Nosotros frustrados, nuestros clientes también, pero la DGA sostiene que su programa funciona perfectamente.

Todavía estoy refunfuñando, cuando me llama Julián, secretario de un instituto de Zaragoza, para concretar una cita en el despacho y de paso despacharse a gusto sobre la ineficacia del programa que les ha remitido al DGA para la matrícula de los alumnos, al parecer le resulta imposible cuadrar los horarios, su frustración ante los pequeños avatares de la vida cotidiana no es menor que la mía.

No tengo buena mañana pero hay que seguir adelante y me pongo en marcha hacia Correos para remitir un burofax. En menos de cuatrocientos metros tres personas mendigando, los tres con ese letrado aclaratorio de “soy español” como si la pobreza tuviera nacionalidad y otras tres todavía dormitando bajo unas sábanas, en la Plaza Aragón. Pero ¡dónde estamos llegando! da lo mismo lo que nos cuente nuestro ministro Sr. Montoro sobre lo bien que estamos remontando la crisis económica, a estas alturas ya sabemos que todas las cifras son interpretables y manipulables, porque la realidad del ciudadano de a pie es muy clara: mire donde mire solo ve como día a día se va visibilizando el fracaso del estado del bienestar, con el agravante de que hemos perdido la confianza y ya resulta imposible depositar esperanza en nuestros próceres.

La frustración forma parte de lo cotidiano, no alcanzar los objetivos previstos es una constante en nuestras vidas y solemos salir adelante, en ocasiones incluso reforzados, pero cuando los muros que se levantan ante ti no son personales y resolubles sino institucionales la cosa cambia, porque carecemos del poder necesario para saltarlos; y yo me pregunto si no estaremos asistiendo a un complejo escenario

que va proyectando el fracaso institucional de todo nuestro sistema. Una antigua canción de Joan Manuel Serrat, hablando de los ciudadanos, decía algo así... la Constitución te ampara, la Justicia te defiende... y sigo preguntándome si los ciudadanos, realmente, nos sentimos amparados por el sistema.

“ En un momento u otro de nuestras vidas todos podríamos ser Teresa y este es el trato protector que recibiríamos de nuestros dirigentes. ”

En estos devaneos mentales ando cuando decido parar a tomar un cortado sin azúcar y sin churros, que también resulta frustrante cuando ves como tu vecino se está comiendo una enorme torrija. Ojeo el periódico y de entre todas las vergüenzas toreras y patrias que se publican una tiene nombre de mujer; mejor dicho, dos, pero sobre la declaración de la Sra. Oriol opinaré en otra ocasión. Me refiero a la que se ha dado en llamar crisis del ébola representado por la sanitaria afectada, Teresa Romero. Todo me parece vergonzoso, pero sobre todo la inicial postura, infantil e inhumana, de los responsables sanitarios y políticos intentando esquivar el problema.

Me imagino la película: nuestra ministra Sra. Mato, la misma que desconoce los coches que tiene en su garaje, bailando su particular danza de la lluvia, que por estos lares adquiere la fórmula del rezo de tres “aves marías”, invocando a la providencia para que le ilumine. Y mira por donde, después de interrogar durante largas horas a la paciente, cualquiera nos imaginamos a Teresa confusa y aterrada, pero da igual, un médico consigue que le diga que en algún momento es posible que hubiera

algún contacto, o al menos eso nos cuentan, y como la providencia auxilia a quien decide, que para eso es providencia, ya tenemos la culpable, que no es otra que la propia víctima. ¡Qué maravilla la “Marca España” impoluta ante el exterior! Pero la providencia sigue auxiliando y la Sra. Mato pasa a un segundo plano cuando el consejero de Sanidad de la Comunidad de Madrid, ese zafio personaje que ha llegado “comido” a la política descarga públicamente sobre Teresa toda la responsabilidad de su contagio.

Personalmente estoy aterrada con la zafiedad, cara dura y falta de responsabilidad en nuestros políticos e instituciones y son muchas las ocasiones en que nos lo han demostrado, pero esta humana y triste historia pone los pelos de punta a cualquiera, pues en un momento u otro de nuestras vidas todos podríamos ser Teresa y este es el trato protector que recibiríamos de nuestros dirigentes.

Aunque a mí se me llevan los demonios con facilidad, y tampoco entendí esa revuelta social que sacudió al país con el sacrificio del perro “Excálibur”. Puedo entender tanto la postura de las personas defensoras de los animales como la científica de mantenerlo vivo para su estudio, pero no comparto tanta algarabía sin plantearse previamente qué instalaciones son necesarias, qué coste económico tiene el proyecto, que riesgo existe, etc.

Afortunadamente Teresa se está recuperando y ha dado su versión. Hoy ya sabemos que los protocolos tienen que ser más exquisitos, la formación para vestirse y desvestirse más intensa, los habitáculos de cambio más amplios, la vigilancia real, la actuación más rápida y protocolizada... es decir ya sabemos que nuestros gobernantes lo hicieron mal desde el inicio y espero que procedan a poner los medios reales para que mejoren

las cosas técnicamente. Y aunque todo fuera perfecto, también sabemos que pueden existir descuidos y errores humanos, pero no cabe duda que estos se minimizarán si existen la formación y recursos necesarios y eso no depende del personal sanitario, sino del Estado.

Unos gobernantes responsables, como mínimo, deben asumir sus errores, si se prefiere su fracaso, y es evidente que alguna dimisión es precisa. Por supuesto la del señor consejero de Sanidad, cuyo comportamiento es inexcusable, pero también la de la Sra. Mato que ha gestionado mal la crisis y no ha sabido dar la cara. Y no soy tan ingenua como para creer que los sustitutos lo harán mejor, quizás si quizás no, pero como ciudadana preciso tener confianza en un sistema que practique la coherencia y sea capaz de eliminar de la dirección del país a aquellas personas que se demuestran inútiles para la gestión que se les ha encomendado.

Unos gobernantes responsables, nos deben dar una explicación creíble de por qué desmantelan hospitales de referencia, por qué reducen la inversión en sanidad y en investigación, por qué privatizan, etc.; pero las explicaciones que hemos escuchado solo pretenden justificar las decisiones que han tomado, acallando las voces de la sociedad y de los especialistas sanitarios que cuestionan todas las restrictivas medidas sanitarias que llevamos sufriendo desde hace varios años. El caso del ébola es otro exponente, uno más, de la ineficaz gestión sanitaria y, en este caso concreto, se nos debe una explicación del porqué antes de buscar errores y proponer soluciones en su planificación sanitaria, prefieren culpar a una moribunda. El “yo no he sido” es una fórmula para no afrontar el fracaso que podemos permitirnos en la infancia, pero no cuando dirigimos un país.

Unos gobernantes responsables están obligados a pedir públicamente perdón a Teresa. No se trata simplemente de descalificar al consejero de Sanidad de la Comunidad de Madrid, eso es obvio, o elogiar la actitud de la sanitaria por haberse prestado voluntaria para asistir al misionero, y seguro que esto lo hacen pues es una conducta muy patria esta de buscar héroes o heroínas, sino pedirle disculpas públicas por haberla responsabilizado exclusivamente de su contagio, reconociendo, además, que posiblemente este podía haberse evitado con los medios necesarios y preparación adecuada de los sanitarios implicados.

El virus del ébola parece que se ha controlado pero no el virus que está instalado en el entramado político, financiero e institucional. Si nuestros dirigentes tuvieran un mínimo de respeto por la “cosa pública”, a la vista de lo que está pasando, se sentirían tan avergonzados como el ciudadano y harían algo más que mirar para otro lado para cambiar las cosas; pero parece que no quieren enterarse y encumbrados en su poderío han optado por olvidarse del mandato ciudadano al que responden, actitud que está provocando, en gran parte de la sociedad, no solo desilusión sino, también, una profunda desconfianza en el sistema.

Una de las definiciones de fracaso según la RAE es “caída o ruina de algo con estrépito y rompimiento” y a ello parece que estamos abocados, quizás ya hemos llegado, aunque también es posible que la lamentable situación en que nos encontramos propicie nuevas alternativas.